



## HIDALGO

I

¡FIAT LUX!

I

Tranquilo estaba Dolores,  
el melancólico pueblo  
que duerme cual las gacelas  
entre el verdor y el misterio  
de las frescas enramadas,  
de los alegres viñedos.  
La noche, princesa nubia  
de obscurísimos cabellos,  
ostentaba su corona  
de estrellas y de luceros;  
y en su veste repujada  
de fantásticos reflejos  
envolvíanse las casucas,  
esfumábanse los cerros.  
Los pajaritos dormían  
en los árboles y aleros  
y la brisa se colaba  
por callejones estrechos;  
la corriente juguetona  
de algún humilde arroyuelo  
en el césped apagaba  
sus cristalinos lamentos.

## II.

Sopor y calma solemne  
doquier extendían su imperio  
cual si fuese aquel lugar  
un sepulcro gigantesco;  
sólo el monótono aullar  
de los coyotes y perros  
en el obscuro confin  
escuchábase á lo lejos.  
Derepente, por el rumbo  
de San Miguel ó Querétaro,  
se escuchó sobre las rocas  
de un caballo el pataleo;  
y cual si fuese una flecha  
ó azul ráfaga de viento,  
un jinete apareció,  
una sombra, un espectro;  
y cruzando las callejas  
con ardor y con estrépito  
llegó á la casa cural  
del melancólico pueblo.

## III

Unos dos aldabonazos  
en la tiniebla se oyeron,  
y fueron á despertar  
de aquella casa á los dueños.  
Pronto la puerta se abrió,  
sobre sus goznes crugiendo,  
derramándose en la calle  
de una bujía los destellos:  
un indígena ataviado  
con calzoneras de cuero,  
roja cotona bordada  
que parecía terciopelo,  
presentóse á recibir  
á aquel extraño viajero,  
que apéanlose en el umbral

metió su caballo luego;  
y sin melar ceremonia,  
saludo grande ó pequeño,  
indicó que hablarle al cura  
necesitaba al momento.  
Un anciano sacerdote  
de continente risueño  
cuya mirada alumbraba  
del corazón los secretos,  
pronto estuvo á saludar  
con dulce y sonoro acento  
al hombre que á aquella hora  
llegaba á turbar su sueño;  
éste, después de besar  
con amor y con respeto  
la diestra de sacerdote  
tan simpático y tan bueno,  
de su bolsillo sacó  
cuidadosamente un pliego,  
y entregándolo en su mano  
guardó profundo silencio.  
El anciano desdobló  
aquella carta sereno  
y al leer su contenido  
contrájose su entrecejo;  
y en seguida, dirigiéndose  
á tan formal mensajero,  
"Venid, le dijo, y marchó  
á su alcoba ó aposento.  
Sentado ya en vieja silla,  
invitó á su compañero  
á descansar un instante,  
á platicar un momento.

## IV

¿Y vos sabéis por ventura,  
el eclesiástico dijo,  
lo que una noble mujer (\*)

(\*) Doña Josefa Ortiz de Domínguez.

me avisa con este escrito?  
 —Señor, respondió el enviado,  
 tan sólo llegó á mi oído  
 el rumor de una denuncia  
 hecha por un asesino:  
 anoche, al sonar la “queda,”  
 ya encontrándome dormido,  
 escuché la dulce voz  
 de un arcángel de cariño:  
 es una santa mujer  
 que en su terrestre camino  
 va sembrando dondequiera  
 caridad y beneficios;  
 yo le debo cuanto soy,  
 y mi mujer y mis hijos  
 pronunciamos con repeto  
 su caro nombre bendito.”  
 Una lágrima rodó,  
 diamante azul, cristalino,  
 por la faz emocionada  
 de aquél hombre agradecido.  
 —Perdonad ¡oh señor cura!  
 este homenaje sencillo  
 que tributo ante el recuerdo  
 de aquél ángel de cariño.  
 —Seguid, replicó el anciano,  
 que me son bien conocidos  
 los méritos y virtudes  
 de la esposa de un amigo (\*)  
 que ha jurado defender  
 la tierra en que hemos nacido.  
 —Decía, señor, que vibraba  
 de “queda” el toque tristísimo,  
 cuando aquella gran mujer  
 con voz solemne me dijo:  
 “Ignacio, una gran desgracia,  
 “un espantoso peligro

(\*) Don Miguel Domínguez, Corregidor de Querétaro.

“se cierne sobre las frentes  
 “de mis más caros amigos;  
 “un infame delator,  
 “tan malvado como inicuo,  
 “nuestros planes y secretos  
 “al español ha vendido,  
 “y en estos mismos instantes  
 “órdenes hánse expedido  
 “de prisión y de secuestro,  
 “de matanza y exterminio.  
 “Corre, vuela hasta Dolores,  
 “salva ese inmenso camino  
 y cuenta al señor Hidalgo,  
 “lo que tus ojos han visto,  
 “y dile, que sólo espero  
 “como respuesta á mi aviso,  
 “escuchar de libertad  
 “el más estruendoso grito.”

## V

En ese momento oyóse.  
 sordo, confuso, lejano,  
 un rumor que se acercaba  
 de voladores caballos.  
 Desembocan en la calle  
 y, jadeantes, piafando,  
 se detienen al umbral  
 de aquél techo hospitalario.  
 Unos toques vigorosos  
 en la madera sonando  
 perdiéronse entre la sombra,  
 gimieron en el espacio.  
 Ante aquella novedad  
 levantóse el eclesiástico  
 y al zaguán se encaminó  
 con una luz en la mano.  
 Ya el indígena de marras  
 la puerta había franqueado  
 y chocaban las espuelas

en las baldosas y cantos.

—Buenas noches, señor cura,  
dijo un militar gallardo  
tan rubio como la espiga  
que crece en el mes de Mayo.

—Usted las tenga mejor,  
mi querido don Ignacio,  
que en hora tan triste y fría  
cruza estos lóbregos campos.

—El enemigo no duerme,  
nos acecha, y confiado  
de que nos ha de encontrar  
como lirones roncando,  
tiene expedidas sus órdenes  
para mañana apresarnos  
y en el cadalso acabar  
con nuestros sueños dorados.

—Pasad, capitán, y hablemos,  
que el tiempo vuela, y acaso  
instante como el actual  
á tener no lo volvamos.

Y aquéllos hombres cogiéndose  
con gran cariño del brazo,  
al aposento cural

lentamente penetraron.

En tanto afuera se oía  
del sereno los silbatos,  
el ladrido de los perros  
y el breve cantar del gallo.

## VI

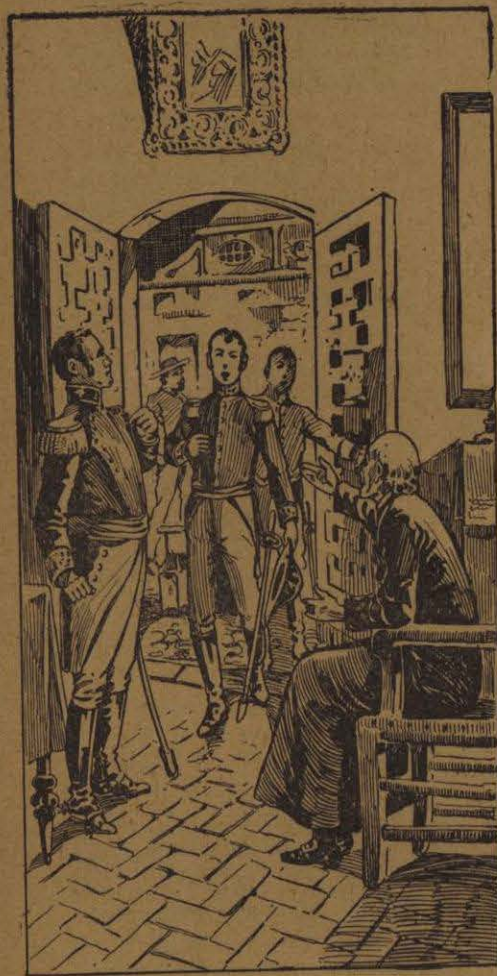
Los dos tomaron asiento,  
y el eclesiástico hablando  
así dijo al militar  
con acento de inspirado:  
“Señor don Ignacio Allende,  
“en el gigantesco horario  
“de los siglos, va á sonar  
“el momento sacrosanto,

“la hora de redención  
“de innumerables esclavos.  
“La ergástula va á caer,  
“y al derrumbarse en pedazos  
“entre sus ruinas y escombros  
“sepultará á los tiranos.  
“Correrá la sangre humana,  
“devastaránse los campos  
“y en voraz conflagración  
“arderán ricos poblados.  
“Las madres desventuradas,  
“los huérfanos sin amparo  
“llorarán inconsolables  
“su aflicción y su quebranto;  
“pero cúpese al soberbio,  
“maldígase al inhumano  
“que trata como á las bestias  
“á los que son sus hermanos.  
“Nos empuja el despotismo,  
“nos provocan los malvados,  
“y ese duelo sin cuartel  
“esta noche lo aceptamos;  
“moriremos en la lucha,  
“quedaremos en el campo  
“y quizás con nuestra sangre  
“teñiránse los cadalsos;  
“pero la idea vivirá,  
“y ascendiendo del Calvario  
“se asentará en el Tabor  
“como Jesús, fulgurando...!  
“Prometamos, capitán,  
“en este instante sagrado,  
“consumir nuestra existencia  
“de la Patria en holocausto;  
“juremos arrebatarla,  
“con las armas en la mano,  
de la infamia y opresión  
“á que España la ha lanzado”...  
.....  
Allende se puso en pie.

sublime, transfigurado,  
 y con voz que asemejaba  
 de la tormenta los rayos,  
 contestóle al sacerdote:  
 "Por mi honor, señor Hidalgo,  
 "y ante mi conciencia y Dios,  
 "me comprometo y declaro,  
 "desde esta noche pelear  
 "contra el gobierno tirano  
 "que á mi patria sacrifica  
 "y escarnece á mis hermanos."  
 —Esa misma es nuestra voz  
 y también eso juramos,  
 dijeron dos militares  
 que en ese instante llegaron:  
 eran el valiente Aldama  
 y Abasolo don Mariano  
 que en alas del patriotismo  
 buscaban al Padre Hidalgo.  
 —Brindemos, pues, por la Patria,  
 mis capitanes bizarros,  
 dijo lleno de alegría  
 aquél fogoso eclesiástico.  
 —"La libertad ó la muerte,"  
 todos á una clamaron,  
 y en el aire se escuchó  
 el retintin de los vasos.  
 —Marchemos, pues, á la cárcel,  
 y, á la guardia desarmando,  
 tradúzcanse las palabras  
 en recios golpes de mano.  
 Y aquellos locos sublimes  
 á la calle se lanzaron  
 con gritos de ¡Viva América!  
 ¡Guerra á muerte á los tiranos!

## VII

Penetran en las prisiones  
 y los fusílees tomando



Hidalgo conferenciando con Allende, Aldama  
 y Abasolo

quiebran grillos y cerrojos  
 y aprehenden á los soldados.  
 Manda el caudillo que suban  
 Dos hombres al campanario  
 y repiquen sin cesar  
 los esquilones sagrados.  
 Al oír aquél clamor  
 despértase el vecindario  
 y con música y cohetes  
 saluda á los conjurados:  
 en el relox de la iglesia,  
 melancólicos sonaron  
 unas doce campanadas  
 como lamentos humanos.

---

 II

 UNA BANDERA Y UN GRITO.
 

---

## I

Aun no asomaba en Oriente  
 la luz primera del alba,  
 cuando en Dolores se oía  
 el toque de las campanas.  
 Hidalgo, el pastor solícito,  
 á sus ovejas amadas  
 de la misa al sacrificio  
 muy temprano las llamaba;  
 y éstas, prontas á la voz  
 de aquel padre que adoraban,  
 juntáronse en la parroquia  
 á saborear sus palabras.  
 Con la dulzura evangélica  
 por él siempre acostumbrada,  
 saludó á sus feligreses

aquella hermosa mañana;  
 y sublime, majestuoso,  
 cual si ocupase la cátedra,  
 de independencia y honor  
 dióles bellas enseñanzas;  
 les habló de propiedad,  
 de riqueza y bienandanza,  
 de honores y dignidades  
 que sólo obtienen y alcanzan  
 los ciudadanos de pueblos  
 y naciones soberanas.  
 Y por último, exhortólas  
 á vindicar de la Patria  
 los sacrosantos derechos  
 que el extraño le usurpara.  
 Entusiasmados los hombres  
 con aquellas frases mágicas  
 que de labios del Pastor  
 tan elocuentes brotaran,  
 subleváronse también,  
 y armándose con espadas,  
 con garrotes y con hondas  
 é instrumentos de labranza,  
 engrosaron la corriente  
 que inundar amenazaba  
 las ciudades y los pueblos  
 de toda la Nueva España.

## II.

Cuando el sol hubo bañado  
 de roja luz las montañas,  
 salió Hidalgo de Dolores  
 con su gente alborozada.  
 Dirigióse á San Miguel;  
 y de toda la comarca  
 uníansele de gañanes  
 cuadrillas desarrapadas;  
 jinetes en sus rocines  
 los mayordoms llegaban

y los fieros caporales  
 con arcabuces y lanzas.  
 Junto á los viejos veíanse  
 ios hombres de edad temprana  
 y hasta mujeres y niños  
 entre la turba formaban.  
 ¡Qué hermoso y bello espectáculo  
 ofrecía aquella masa  
 de soldados y peones  
 de confusa indumentaria!  
 Pero á qué decir confusa,  
 si casi todos marchaban  
 medio desnudos, y apenas  
 con huaraches en sus plantas...!  
 Nuevos hijos de Israel,  
 con su jefe á la vanguardia  
 en pos de la Libertad  
 jubilosos caminaban;  
 y no les arredraban  
 las sangrientas oleadas  
 del Mar rojo de la lucha  
 que ya á su frente bramaba,  
 antes bien, se exaltarían  
 con la sangre y la matanza,  
 con el fragor tormentoso  
 de mortíferas batallas.

## III.

Vieron pronto, entre las huertas  
 que bordeaban el camino,  
 las casucas y jacales  
 del pueblo de Atotonilco,  
 y como flechas lanzadas  
 sobre un cielo de zafiro  
 las cruces de aquel Santuario  
 venerado y concurrido.  
 La turba allí descansó,  
 y penetrando el caudillo  
 en la humilde sacristía

de aquél misterioso asilo,  
 contempla la imagen dulce  
 de la madre de los indios;  
 como blanca inspiración  
 un pensamiento le vino:  
 hacer con aquella imágen  
 la bandera de sus hijos.  
 Presto izóla en una lanza  
 y con fe, con regocijo,  
 mostróla á la muchedumbre  
 como lábaro bendito.  
 ¡Viva la Virgen Santísima  
 de Guadalupe (dijo)  
 y mueran los gachupines!  
 nuestros crueles enemigos.  
 Un clamor de tempestad  
 se escuchó tras de ese grito  
 que repitieron los montes,  
 las llanuras y los ríos;  
 y acogieron con amor  
 aquél sacrosanto símbolo,  
 como tormenta la turba  
 descolgóse en el camino.

## IV.

Al expirar aquél día  
 de eterna y grata memoria,  
 á San Miguel ocupaba  
 el Caudillo con sus tropas:  
 la nubecilla pequeña  
 que brotara con la aurora,  
 ya en la noche revestía  
 la negrura de una tromba.

## III

## EN LA ALHONDIGA DE GRANADITAS.

## I

El veintiuno de ese mes  
 tan fecundo en hechos magnos,  
 llamó el caudillo á las puertas  
 de la rica Guanajuato.

Una breve intimación  
 pronto recibió en sus manos  
 el valeroso intendente  
 don Juan Antonio de Riaño.  
 La respuesta fué inmediata  
 y con tono mesurado  
 revelaba el pundonor  
 de un hidalgo castellano  
 listo á defender el puesto  
 que le habían encomendado.

## II

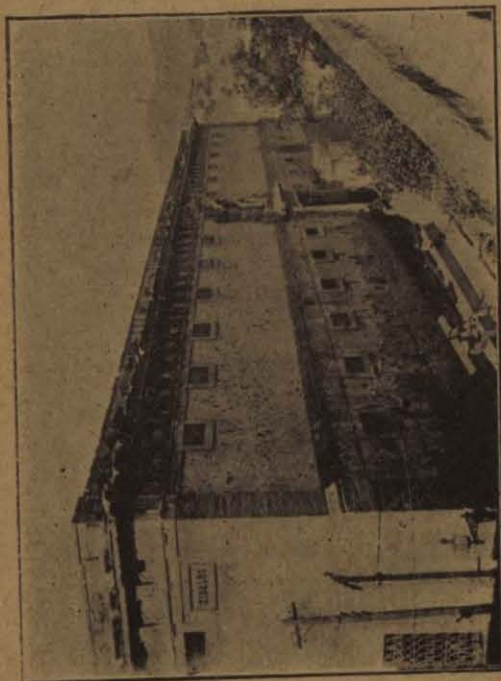
Previsor el intendente  
 y del pueblo recelando,  
 se encerró con los caudales  
 y prominentes hispanos  
 dentro la Alhóndiga ó fuerte  
 de "Granaditas" llamado.  
 Mandó á Calleja una nota  
 con especial emisario  
 diciéndole: "Voy á ser  
 "en este instante atacado;  
 "y en tal virtud, os suplico  
 "que sin demora ó retardo  
 "me saquéis de tal apuro,  
 "me libréis de este quebranto.



“Numerosas son las huestes  
 “del audaz americano;  
 “pero yo resistiré  
 como cumple á un hombre honrado.”

## III

Una inmensa polvareda  
 que entenebrece al espacio,  
 por el rumbo de Marfil  
 va envolviendo á Guanajuato;  
 la acompaña sordo ruido  
 que, prontamente llegando,  
 tiene acentos de huracán  
 y clamores de Océano;  
 y los ecos de los valles  
 y los cóncavos barrancos  
 acreciendo aquél fragor,  
 predisponen al espanto.  
 Fronto asoma, presto surge  
 las alturas coronando  
 roja selva de estandartes  
 por la brisa desplegados,  
 y magnífico, sublime,  
 todo un pueblo vitoreando  
 á sus jefes, á la Patria,  
 con las armas en la mano.  
 Impetuoso se descuelga  
 de los cerros por los flancos  
 aquél enorme turbión  
 de hombres y de caballos,  
 y cual alud que desgaja  
 las encinas y peñascos  
 va á caer en las trincheras  
 rebosantes de soldados.  
 Una descarga horrorosa  
 de fusiles y bombazos  
 ilumina l'ancha fila  
 del ejército de Riaño;  
 y las mortíferas balas



Exterior del Castillo de Granaditas

como globos centellando  
vânse á incrustar en la carne  
de los desnudos indianos;  
éstos páranse al oír  
los tremendos cañonazos;  
pero iracundos, al ver  
humear su sangre en los charcos,  
se adelantan como leones  
deshaciendo, aniquilando  
las trincheras y reducidos  
con que soñara el hispano  
detener la enorme masa  
de labriegos sublevados.

Ante aquél empuje horrendo,  
desbándase hecha pedazos  
la española infantería  
y centenas de caballos;  
más con furia perseguidos  
y doquier acribillados,  
con sus cadáveres cubren  
la aspereza de aquél campo.  
Buscan entonces abrigo  
los restos ensangrentados  
dentro las gruesas paredes  
de aquél castillo titánico  
que de roca modeló  
el genio austero de Riaño;  
pero una lluvia implacable  
de pedruscos rebotando  
sobre muros y azoteas,  
sobre escaleras y patios,  
los rechaza al interior,  
los azota sin descanso  
haciendo pronto sentir  
el más invencible pánico  
Un disparo de fusil  
corta la vida de Riaño  
que ante los suyos cae  
como un gladiador romano.  
Entonces crece la lucha,

y es más horrible el estrago  
que ocasionan los fusiles  
en uno y en otro bando.  
Los españoles pretenden  
en su furor insensato,  
rechazar como leones  
aquel espantoso asalto,  
y sin dar ningún indicio  
de temor ó de cansancio,  
por las ventanas arrojan  
férreas granadas de mano.

## IV

Se oyó por fin el acento  
viril y fuerte de Hidalgo  
que la puerta del castillo  
señalaba á sus soldados:  
un heróico barretero,  
cual un antiguo espartano  
los deseos adivinó  
de su jefe idolatrado;  
y cargándose una losa,  
y hachón ardiente en la mano,  
bajo un diluvio de balas  
adelantóse incendiando  
aquella ferrada puerta  
que estorbábales el paso.  
Un espantoso clamor  
que los ecos agrandaron  
se escuchó trás del arroyo  
de aquél hombre extraordinario;  
y las turbas como ráfagas  
del abismo se lanzaron  
dentro aquella boca ígnea  
que vomitaba el espanto;  
y sin haber compasión,  
ruego y lágrimas burlando,  
á todos los que encontraban  
con furor acuchillaron.

Opulento fué el botín  
de aquel terrífico asalto,  
cuya matanza y honrores  
claramente demostraron  
el odio mútuo que había  
entre españoles é indianos.  
Aquel pueblo escarnecido  
por casi trescientos años,  
duras cuentas exigía  
á los que fueron sus amos.

## IV

## UN TE DEUM.

Las resonantes campanas  
de más de cuarenta iglesias,  
en Valladolid se oían  
remedando una tormenta.  
Saludaban majestuosas  
de bronce sus roncás lenguas  
al genio que allá en Dolores  
gritara la Independencia.  
La artillería detonaba,  
y músicas vocingleras  
alegremente aturdían  
las calles y las plazuelas.  
Abigarrada la turba  
con sus vestidos de fiesta  
corría para ver entrar  
á la hueste gigantesca  
que en Guanajuato clavara  
después de lucha cruenta  
de honor y de libertad  
la sacrosanta bandera.  
Cerca de cien mil indígenas  
cual hocas tribus guerreras

ocuparon la ciudad  
 y sus campiñas amenas  
 donde las flores más lindas  
 al cielo hermoso le muestran  
 su cáliz siempre cuajado  
 de brillantísimas perlas.  
 El clero abrió diligente  
 de su Catedral las puertas  
 y un magnífico "Te Deum"  
 cantó por la vez primera  
 en honor y acción de gracias  
 de haber surgido la idea  
 que destrozaba de un pueblo  
 las oprobiosas cadenas.  
 Y con la pompa litúrgica  
 que desplegó en la Edad Media,  
 levantó la excomunión  
 que contra Hidalgo y sus fuerzas  
 fulminara Abad y Queipo  
 al tener noticia cierta  
 de su audaz revolución  
 é innovadoras tendencias  
 En tanto afuera rugían  
 simulando una tormenta  
 las rimbombantes campanas  
 de más de cuarenta iglesias.

---

 V

 EN CHARO.
 

---

## I

Después de instalar Hidalgo  
 su libérrimo gobierno  
 en Valladolid, marchó  
 con sus tropas rumbo á México.

A la mitad de ese día,  
 del sol ardiente al reflejo,  
 divisaron cual fantasma  
 que se empina sobre un cerro,  
 la mole triste y sombría  
 de un humildísimo templo.  
 A sus pies pobres casuchas  
 de adobe crudo y de heno  
 extendíanse cual rebaño  
 por el declive paciendo:  
 era el pueblito de Charo  
 que adormiase en el silencio  
 de aquellas montañas vírgenes,  
 de aquellos campos desiertos.  
 Se escucharon los clarines  
 y los tambores crujieron  
 saludando con sus voces  
 aquél aduar pintoresco;  
 y en las brisas que murmuran  
 entre sabinos y cedros,  
 volaron de libertad  
 los sonoros acentos.

## II

La Providencia que vela  
 por los hombres y los pueblos,  
 dispuso que aquel lugar  
 fuese el teatro risueño  
 do cruzasen sus palabras  
 dos adalides, dos genios  
 que juraron redimir  
 con su sangre el patrio suelo.  
 Hablaron de libertad,  
 de autonomía, de derechos,  
 de laureles y de triunfos  
 y de cadalsos sangrientos:  
 pero en el fondo veían  
 de porvenir tan incierto,  
 manumisos diez millones

de humanos seres abyectos.  
 Pronto diéronse la mano,  
 y en un adiós sempiterno  
 marcharon aquellos hombres  
 impulsados por su anhelo:  
 Hidalgo siguió al Oriente,  
 y de su tropa al estruendo  
 temblaban en sus alcázares  
 los orgullosos iberos,  
 en tanto que rumbo al Sur  
 dirigíase el gran Morelos  
 á defender de la Patria  
 los ultrajados derechos.

---

## VI

### EL MONTE DE LAS CRUCES.

---

#### I

Como serpiente monstruosa  
 que con sus férreos anillos  
 va azotando las montañas  
 y la margen de los ríos,  
 el ejército de Hidalgo  
 sube por varios caminos  
 á la Mesa do reside  
 más pujante el poderío  
 de la España en esta tierra  
 que ofreciérale ha tres siglos  
 la espada bárbara y cruel  
 de sus soldados altivos.  
 Cual tormenta huracanada,  
 formando va remolinos  
 la incontable multitud  
 de indígenas atrevidos  
 que anhelan pronto clávar

su santo pendón bendito  
 sobre el obscuro almenaje  
 del opulento castillo  
 que luce en fiestas y galas  
 el pendón de Carlos Quinto.  
 En sus sueños de patriotas,  
 han mirado y han creído  
 que Cuauhtémoc va á su lado  
 seguido de aquellos indios  
 que en una noche obscurísima  
 llorar hicieron, rendido,  
 al más bravo capitán  
 que produjera aquél siglo  
 de aventuras y de arrojos,  
 de hazañas y de prodigios,  
 en que el sol no se ponía  
 de la España en los dominios.  
 Y ensordeciendo el espacio  
 con sus clamores y gritos  
 que contesta el huracán  
 al retorcerse en los pinos,  
 se internan en la montaña  
 cuyas cimas de granito  
 envuélvense en su turbante  
 de vaporosos armiños.

#### II

Venegas puso á sus órdenes  
 de don Torcuato Trujillo,  
 una imponente sección  
 de los cuerpos aguerridos  
 que debían de sostener  
 el buen nombre y el prestigio  
 de la España en esta tierra  
 que donárale ha tres siglos  
 la espada bárbara y cruel  
 de sus soldados altivos;  
 y con gruesos cañones,  
 parque abundante y equipo,

salieron aquellas tropas  
 á encontrar en su camino  
 á la indiana multitud  
 cuyos clamores y gritos  
 semejaban de una tromba  
 los espantosos rugidos.  
 Después de varios intentos  
 parapetóse Trujillo  
 tras los peñascos enormes  
 de esos ciclopes andinos  
 que con nombre de las Cruces  
 son por todos conocidos;  
 y armando sus baterías  
 entre arboledas y riscos  
 cauteloso allí esperó  
 que asomase el enemigo.

## III

En tanto los sublevados,  
 á la sierra han ascendido,  
 y en aquél augusto templo,  
 al pie de un altar sencillo,  
 que por dosel y techumbre  
 tiene un cielo de zafiro,  
 y por columnas y arcadas  
 verdes hileras de pinos,  
 prosternáronse á escuchar  
 de labios de su caudillo  
 las palabras misteriosas,  
 los melódicos sonidos  
 que ha señalado el ritual  
 al incruento sacrificio,  
 á la augusta ceremonia  
 que recuerda á Jesucristo  
 clavado sobre una cruz,  
 azotado, escarnecido.  
 Las brisas embalsamadas  
 con el perfume dulcísimo  
 que emerge al amanecer



Batalla en el Monte de las Cruces.

de los robles y los pinos,  
 sacudían las hojas tiernas  
 de las violetas y lirios  
 que incensaban con su acento  
 el altar del sacrificio;  
 y las aves en las frondas  
 con sus cantos peregrinos  
 respondían á la oración  
 del "Sacerdote y Caudillo."  
 Terminó la ceremonia,  
 y un imponente ruido  
 de aquel mar se levantó  
 poco antes tan tranquilo.  
 resonaron los tambores,  
 y las trompetas sus himnos  
 derramaron en los senos  
 del agrio monte sombrío.  
 Pronto inicióse el avance,  
 y de sus jefes al grito  
 treparon las bravas tribus  
 por el áspero camino.

## IV

Cual la tremenda explosión  
 de un volcán embravecido.  
 se oye súbito tronar  
 la artillería de Trujillo.  
 Una sección de rebeldes  
 encuéntrase sorprendidos  
 ante la horrible agresión  
 que los diezma de improviso.  
 se arremolinan y no hallan  
 en tal momento indecisos,  
 el punto de donde parten  
 las balas del enemigo;  
 pero Allende por los flancos  
 en aquel instante mismo  
 contesta con sus cañones  
 desde los montes vecinos.

Hidalgo con Abasolo,  
 y Aldama valiente y irio  
 conducen á sus soldados  
 á desafiar el peligro.  
 Encarnízase la lucha  
 y un monstruoso vocerío  
 va á apagar de la metralla  
 los espantosos rugidos.  
 Las hordas lanzan peñazos,  
 y de la flecha el sibido  
 remeda de las serpientes  
 los horrorosos chillidos.  
 Al fondo de las canadas  
 de oscuros antros hondísimos  
 derrúmbanse rebotando  
 los muertos y los heridos;  
 y encima, cubriendo el monte  
 con sus crespones fatidicos,  
 hoguera horrible, gigante,  
 retorciéndose en los pinos.  
 Por fin, una turba de héroes  
 desnudos y sin abrigo,  
 se arroja á las baterías  
 que lanzan el exterminio:  
 un clamor universal  
 y de gozo un alarido  
 saluda la intrepidez  
 de aquellos valientes indios.  
 Ante tamaña osadía  
 acobárdase Trujillo,  
 y, sin rubor, tembloroso,  
 deja el campo, fugitivo.  
 La derrota empieza entonces,  
 y, sin jefes, ni caudillo,  
 todo el ejército hispano  
 sucumbe bajo el cuchillo  
 de aquellos indios indómitos  
 cual bravos cual los antiguos  
 que en una noche obscurísima  
 llorar hicieron, rendido,

al más fiero capitán  
 que produjera aquel siglo  
 que pasear vió victoriosas  
 por el orbe conocido  
 las mesnadas y los tercios  
 de Felipe y Carlos Quinto.

---

 VII

 RETIRADA.
 

---

## I

Un poco más y al Oriente  
 sobre el espléndido valle  
 que contemplara otro día  
 de su seno levantarse  
 los templos y los palacios  
 de un pueblo que era gigante  
 en la industria y el comercio,  
 en las ciencias y las artes,  
 y que al golpe de su brazo  
 rindiéranle vasallaje  
 las naciones más lejanas  
 y los imperios más grandes  
 encadenada se mira  
 la reina de las ciudades  
 que se alzan del Septentrion  
 á los altísimos Andes.  
 Densa sombra de tristeza  
 se cierne sobre sus calles,  
 en sus plazas, en sus templos  
 y en sus casas conventuales.  
 Dormita junto á sus lagos  
 de encantadores paisajes  
 donde nevados se miran  
 sus majestuosos volcanes.



Y en las noches muy oscuras  
 imagina que ya salen  
 en sus ligeras canoas  
 bravos caciques audaces  
 seguidos de sus vasallos  
 á arrojar tras de los mares  
 á los bárbaros que hollaron  
 sus templos y sus deidades.  
 En la bruma de sus sueños  
 como meteoro destácanse  
 de Moctezuma la pompa  
 y Cuauhtémoc arrogante;  
 recuerda del bosque augusto  
 las ricas fiestas triunfales  
 y los cánticos sagrados  
 de sus danzas y sus bailes;  
 recuerda que coronadas  
 de rosas y de azahares  
 brillaban más que la aurora  
 sus pudorosas beldades,  
 y que sus mancebos eran  
 leones en el combate  
 y palomas al cantar  
 sus versos y madrigales.  
 Pero ¡ay! que sólo quedan  
 escombros tristes y humeantes  
 de aquel pasado glorioso  
 de aquella raza gigante  
 que en el comercio y la industria,  
 en las ciencias y las artes  
 produjo máximos genios.  
 legó monumentos tales  
 que han cantado los poetas  
 y admirado las edades.  
 Hoy dondequiera se escucha  
 rumor de espuelas y sables  
 y del látigo el crujir  
 rompiendo desnudas carnes.  
 Derrumbáronse sus templos,  
 profanaron sus altares,

fueron ahorcados sus príncipes,  
 y entre violencias y ultrajes  
 robáronles el honor  
 á sus risueñas beldades.  
 Por eso mortal tristeza  
 se cierne sobre sus valles,  
 en sus lagos, en sus bosques  
 y en sus nevados volcanes.

## II

Como el destello que alumbra  
 la lobreguez espantable  
 del abismo en que se ahoga  
 una raza entre su sangre,  
 la voz del Anciano Héroe  
 difundiendo claridades  
 hizo á un mundo comprender  
 las desdichas sin iguales  
 que bajo el duro gobierno  
 de sus amos implacables  
 cual único patrimonio  
 el Porvenir reservábale.  
 La Buena Nueva voló  
 con impulso centellante  
 por páramos y vergeles,  
 por rancherías y ciudades.  
 Hondamente conmoviéronse  
 todas las clases sociales  
 y rugieron como rugen  
 embravecidos los mares:  
 unos el final veían  
 de horrible opresión salvaje,  
 y otros la ruina segura  
 de su poder y caudales.  
 Por eso al saberse en México  
 el espantoso desastre  
 que sufrieron en las Cruces  
 los soldados virreinales,  
 tal terror se apoderó